

El instante de Rafael Barrett

Martín Albornoz

Resulta extraño que una tradición política tan proclive a las variaciones haya dejado, en el imaginario, una impresión tan rígida de quienes pertenecieron a ella.¹ Probablemente alimentada por los propios anarquistas, su figura se presenta como esculpida en mármol. En el mejor de los casos fueron, entre otras cosas: vigorosos hombres-guerreros (sí, la figura subordina a las mujeres), abnegados educadores, incorruptibles representantes del movimiento obrero de una moral y una conducta inquebrantables, ascetas sembradores de bombas, políticamente urgidos y confiados en las potencialidades emancipatorias de la ciencia, aunque poco dados al análisis profundo de lo real. Una parodia. En el peor de los casos, los anarquistas fueron —además de encarnaciones patológicas de la mentalidad del siglo XIV y utopistas vengativos— personas que “evitaban los errores de razonamiento a base, principalmente, de evitar razonar. Como *poetas, lunáticos y amantes de la imaginación, todo junto*, eran incapaces, por su propia constitución, de hacer nada, excepto desbaratar los planes socialistas e introducir la confusión en las situaciones de excitación revolucionaria. No es difícil simpatizar con la aversión de Marx, que a veces no estaba exenta de desesperación, frente a la conducta de Bakunin”.²

En realidad el movimiento anarquista y quienes lo propiciaron, particularmente en la Argentina de principios de siglo XX, se asemejaron mucho al obús bergsonian que lejos de describir una dirección única y sencilla, estalló en miles de fragmentos, ellos mismos pequeños obuses, cuyas trayectorias son sumamente difíciles de reconstruir. De hecho, pocos fenómenos han sido tan elusivos a las reflexiones históricas.

Si bien es cierto que en los últimos años han aparecido estudios y artículos que han restituido su complejidad al anarquismo, sus prácticas culturales, sus modos de interpelación y sus redes de sociabilidad, no contamos aún con trabajos que indaguen suficientemente la vida y la obra de los anarquistas en singular. Con la excepción quizás de los casos de Alberto Ghirardo y Florencio Sánchez, son muy pocos los nombres propios que se conocen en profundidad y flagrantes los olvidos. El caso de Rafael Barrett

es uno de ellos, lo cual es sumamente llamativo si consideramos, más allá de los anarquistas, la cantidad de referencias que de su vida y su obra ha hecho la más variada gama de escritores. Borges suplicaba “con lágrimas en los ojos y de rodillas” a un amigo que comprara un libro de Barrett;³ el escritor Barón Biza, en un editorial en el cual glosaba el texto **Psicología del periodismo**, lo llamaba maestro;⁴ el dirigente socialista Juan Antonio Solari, aunque con anterioridad ya había escrito sobre él, en un número de la revista **Reconstruir** de marzo-abril de 1976 dedicado a Barrett con motivo del centenario de su nacimiento, tituló su trabajo “Rafael Barrett, misionero de la belleza y la justicia”.⁵ Por último, José Enrique Rodó se “jactaba” desde Montevideo de poder contestar afirmativamente, después de hacerla él mismo, la pregunta acerca de quién era el que firmaba R. B. artículos en **La Razón**.⁶

Allende las referencias puntuales y dispersas mencionadas, existen algunos trabajos que colocan la obra de Barrett en una perspectiva temporal más amplia, lo cual posibilita pensar su influencia en experiencias literarias más “concretas”. En este sentido, David Viñas, en **Literatura argentina y política**, recupera a Rafael Barrett de una manera bastante singular. Navegando los meandros de la equívoca bohemia porteña de principios del siglo XX, Viñas se encuentra con que: “probablemente con **El terror argentino** (1910) de Rafael Barrett se vaya dibujando un cauce alternativo que, más allá de ciertos tonos proféticos o de un filantropismo inoperante, llegue a lo eventualmente rescatable de Boedo o al criticismo más reciente y certero de un Osvaldo Bayer”.⁷ Independientemente de la curiosa desembocadura de su

3 La carta es del año 1917 y dirigida a Roberto Godel citada en Francisco Corral, **Rafael Barrett. El hombre y su obra**. Disponible en: www.ensayistas.org/filosofos/paraguay/barrett/corral.htm.

4 El texto aparece firmado por “La dirección” en: **Revista Charleston**, n° 3, agosto de 1926.

5 José Antonio Solari, “Rafael Barrett, misionero de la Belleza y la Justicia”; en **Reconstruir**, n° 101, marzo-abril de 1976, pp. 9-17.

6 José Enrique Rodó, “Las moralidades de Barrett”, Rafael Barrett, **Obras Completas, Tomo IV. Textos inéditos y olvidados. Noticias y juicios, Apéndice documental**, Asunción, Paraguay, RP Ediciones / ICI. Todas las citas de Barrett, salvo en caso de que se aclare, provienen de la edición de sus obras completas en cuatro tomos, por lo que se utilizará la sigla **OC** seguida del tomo correspondiente.

7 David Viñas, **Literatura argentina y política. De Lugones a Walsh**, Buenos Aires, Sudamericana, 1996, p. 45.

1 * Agradezco y dedico: a Soledad Allami y Adriana Petra por la paciencia con la que leyeron más de una vez estas engorrosas páginas.

2 Joseph Schumpeter, **Capitalismo, Socialismo y democracia**, Madrid, Aguilar, 1968, p. 391.

afirmación, Viñas permite pensar la fuerte recepción e impacto que tuvo Barrett en el grupo de Boedo. Como ejemplo de esto último, se puede invocar el estudio de Álvaro Yunque titulado **Barrett. Su vida y su obra**. Sobre este trabajo, indagando la suerte póstuma de Barrett, que por contraposición a los casos de González Prada en Perú y Flores Magón en México no recibió ningún homenaje oficial en los países en los cuales vivió, Viñas destaca que, en función de la ecuanimidad de la cual Barrett es ejemplo, el viejo trabajo de Álvaro Yunque es “el único esfuerzo argentino de reivindicación de ese emergente libertario de origen español”.⁸ El folleto de Yunque, de 55 páginas, escrito en un tono eventualmente apologetico, sitúa a Barrett como un precursor de la literatura social en Argentina. Lo recupera en tanto que: maestro, hombre, rebelde, escritor, crítico, articulista, conferencista, cronista, panfletista, pensador, cuentista y caballero andante de los pobres. Sin embargo, no hay héroes de una sola pieza. En tal sentido, Yunque desliza algunos reproches bastante particulares. El más llamativo es el que considera un error de Barrett el haber recalado en Paraguay: “huyó a la Asunción en busca de un clima más cálido y de paz. Fue su gran error (...) Con toda su insensibilidad y su indiferencia, Buenos Aires es una ciudad y Asunción —insensible y curiosa— una simple aldea. En Buenos Aires Barrett hubiese acabado por encontrar eco y círculo donde desarrollar sus magnéticas cualidades de luchador. En Buenos Aires se lee, se estudia, se piensa. Hay inquietud. La Asunción es el marasmo, la parálisis”.⁹ Dejemos de lado la valoración sobre Paraguay y Asunción (esa ciudad que tuvo “la rara suerte de que le cayera un hombre superior, pero no se lo merecía”¹⁰). Es importante señalar, como veremos más adelante, que Barrett no llega a Paraguay huyendo, ni tampoco, como sostiene Eduardo Galeano, movido por la casualidad ni la curiosidad.

Toman a Barrett, a su manera, también Jean Andreu, Maurice Fraysse y Eva Golluscio de Montoya con el propósito de analizar la producción literaria anarquista de América del Sur y, de este modo, los contornos de su obra se recortan (estrechándose o expandiéndose, lo mismo da) sobre el más general estilo de una *poética de la urgencia*. En un cuadro que devora a su objeto, las modestas y conmovedoras (siempre para los autores) talladuras de las plumas libertarias son entendidas, por fuera del campo del mero ejercicio literario, como medios-instrumentos para un fin de propagación ideológica. Sin tiempo para devaneos estéticos, urgida y pensada para un público proletario, la tentativa anarquista finalmente se trataría “de una literatura en la cual la ética

predomina sobre la estética, puesto que el objetivo declarado con obstinación es el de terminar para siempre con una sociedad de injusticias, de oscurantismo y de vicio, para construir aquella armoniosa ciudad de Utopía, que ocupa un lugar tan importante en el imaginario anarquista y en la cual el hombre, libre al fin, recobrará su verdadera condición original de sensibilidad y de bondad”.¹¹ Binaria, y hasta cierto punto paternalista, la visión Andreu, Fraysse y Montoya resulta insuficiente desde nuestra perspectiva para pensar a un autor que, como anarquista y sobre todo como escritor, reivindicaba el destiempo como fuente de creatividad.

El presente ensayo se propone indagar la vida y en la obra de Barrett proponiendo algunas líneas de lectura que pongan de manifiesto, entre otras cosas, la singularidad de su anarquismo mínimo.

II

*“Barrett fue para mí como una sombra que pasa.
Barrett debía ser un hombre desequilibrado, con anhelos
de claridad y de justicia. Tipos así dejan por donde pasan un
rastros de enemistad y de cólera. A la gente le gusta la mentira”*
Pío Baroja, **Memorias**.

El 16 de Noviembre de 1902, el periódico **La época** de Madrid anuncia el suicidio de Rafael Barrett. La noticia repetida por **El heraldo de Madrid** y otros diarios, siempre bajo cierto halo de conjetura, es desmentida hacia fines de ese mismo mes. Todas las noticias resaltan la notoriedad del suicida como aquel que meses atrás, luego de haber sido descalificado por un tribunal de honor, azotó públicamente a un importante miembro de la aristocracia madrileña.¹² Verdaderamente, Rafael Ángel Jorge Julián Barrett y Álvarez de Toledo, tal era su nombre completo, moriría el 17 de diciembre de 1910 a los 34 años en Arcachón, Francia, en una última y desesperada tentativa por curar una tuberculosis, probablemente adquirida en suelo paraguayo. Su arco vital es exasperante por la brevedad; condensado y astillándose, permanentemente, en más y más fragilidad.

Barrett nació el 7 de enero de 1876, cerca del mar Cantábrico, en Torrelavega (Santander), España. Pasó parte de su juventud en París, donde completó el secundario, y estudió, de manera inconclusa, ingeniería en Madrid. Gran pianista, hablaba y leía a la perfección el inglés y el francés, siendo su condición de polí-

8 David Viñas, **Anarquistas en América Latina**, Buenos Aires, Paradiso, 2004, p. 34. En la página 25 de este libro Viñas considera a Barrett, junto con el mexicano Flores Magón y el peruano González Prada, como un modelo destacado del anarquismo de 1900; como una metáfora mayor de la mentalidad libertaria que “ya sea por su militancia, por su actividad periodística, pedagógica e intelectual, o por la suma de esas faenas, aparece condensado sobre sí complejos rasgos que permiten analizar con mayor detalle las características de la cultura libertaria de 1900”. En relación a los homenajes póstumos de Barrett, hay que hacerle una pequeña enmienda al estudio de Viñas y es que en Asunción, ciudad en la que más tiempo vivió y en la cual desarrolló sus actividades vinculadas al anarquismo, hay una calle que lleva su nombre.

9 Álvaro Yunque, **Barrett. Su vida y su obra**, Buenos Aires, Claridad, s/f, p. 22.

10 *Ibid.*, p. 14.

11 Jean Andreu; Maurice Fraysse y Eva Golluscio de Montoya, **Anarkos. Literaturas libertarias de América del sur. 1900**, Buenos Aires, Corregidor, 1990, p. 12.

12 El diario **La época** refiere de la siguiente manera el falso suicidio de Barrett: “Circula hace días por Madrid la noticia de un suicidio que por tratarse de una persona de la que hubo de hablarse mucho en época reciente, ha producido impresión. El presunto suicida es el Sr. Barrett. Nuestros lectores recordarán que este señor sometió su discutida conducta a un tribunal de honor, el cual hubo de descalificarle (...). A estos hechos siguió una agresión contra una persona de la alta sociedad que goza en Madrid de general simpatía” (**La época**, Madrid, 16 de noviembre de 1902). Por su parte, en una línea similar, **El heraldo de Madrid** apunta: “Pocos días después se dijo que el suicida era el Sr. Barrett, el mismo que hará varios meses estuvo procesado por el juzgado del distrito de Buenavista, Madrid, por haber agredido en el circo de Parish al señor duque de Arión, causándole una herida en la cabeza” (**El heraldo de Madrid**, Madrid, 17 de noviembre de 1902). Ambos textos pueden consultarse en: R. Barrett, **OC IV**, pp. 369-371.

glota un rasgo excepcional dentro de lo que se llamó la juventud del 98, a la que por lo general se tiende a asociar su figura. De hecho, el único análisis integral de la obra de Barrett disponible, realizado por Francisco Corral,¹³ sitúa muchos de sus tópicos dentro del magma de inquietudes que animó la vida intelectual finisecular en España. A saber: regeneracionismo social y modernismo estético. Es imposible, sin hacer un recorrido que excede por mucho los propósitos de este ensayo, discutir la permanente remisión, en el libro de Corral, de Barrett al *noventayochismo* español. Nos conformamos con afirmar que es indudable que Barrett interactuó con los círculos intelectuales del Madrid de fin de siglo y que lo conocieron, según consta en varias memorias, Ramiro de Maeztu, Pío Baroja y Valle Inclán, sólo por nombrar las figuras más resonantes.

Luego de “malgastar” su fortuna —algo modesta para el canon aristocrático y sin posibilidad alguna de reproducirla— y de ser víctima de la bizarra deshonra que derivaría en el incidente del azotamiento público del duque de Arión,¹⁴ previo paso por París, abandona Europa con destino americano en los primeros días de 1903. Pocos meses antes se había dado a conocer la noticia de su muerte apócrifa.

III

La mirada más generalizada sobre su vida y su obra, nos muestra a un joven promisorio en el naciente campo intelectual español de fin de siglo XIX, que por razones poco claras termina recalando en el continente americano. Principalmente en Paraguay e intermitentemente en Argentina y Uruguay. Un dandy —para más datos, ciudadano británico por sangre paterna y vinculado por vía materna a los duques de Alba— devenido anarquista. Del oropel de la aristocracia a la miseria de los yerbales paraguayos y las asperezas de la guerra social. Un corte. Un hombre que nace dos veces y que hemos visto muere dos veces; un hombre que ha vivido solamente siete años.

Todos los perfiles que han sido hechos sobre Barrett destacan la discontinuidad existente entre su pasado y su futuro, a partir de la migración y su deriva. Pero desde un principio no está claro el rebelde, ni es vislumbrable, si es que alguna vez sucede tal cosa, el anarquista. Será preciso entender el viraje, el instante, no como momento discreto de una cadena de acontecimientos teleológicamente unificados; no como momento dialéctico más importante de una vida que es necesario atravesar en su negatividad para volver a reencontrarse con lo propio. Todas las semblanzas coinciden en remarcar la cesura en su perfección. Un antes y un después, puros. Sin embargo, el instante y el se-

13 Francisco Corral, *El pensamiento cautivo de Rafael Barrett. Crisis de fin de siglo, juventud del 98 y anarquismo*, Madrid, Siglo XXI, 1994, pp. 3-55.

14 Para obtener un relato más acabado del incidente de Barrett en Madrid —que incluye un reto a duelo, una descalificación a su persona por conductas sexuales contranatura, el mencionado apaleamiento público continuado de una suerte de excomunión de la aristocracia española— y otros aspectos de su biografía, ver Francisco Corral, *El pensamiento cautivo de Rafael Barrett...*, *op. cit.*. Puede consultarse también Vladimiro Muñoz, *El pensamiento vivo de Barrett*, Buenos Aires, Rescate, 1977, pp. 11-50.

ñalamiento de Barrett, siguiendo a Sartre en su estudio sobre la interjección de la vida y la obra de Jean Genet, indican que “quien dice instante, dice instante fatal”. Ese instante que, como afirma Sartre, “es el movimiento recíproco y contradictorio del antes por el después; se es todavía lo que se va a dejar de ser y ya se es lo que se va a ser; se vive su muerte, se muere su vida; en el seno de la vida más plena se presiente que no se hará más que sobrevivir, se teme el porvenir. Es el tiempo de la angustia y el heroísmo, del placer y la destrucción, baste un instante para destruir, para gozar, para matar, para hacerse matar, para hacer su fortuna tirando a los dados”.¹⁵ La apertura, en los relatos sobre su vida, se presenta como un vacío, un momento donde la plenitud está ausente. Algo se ha perdido y se ha ganado en el camino y no sabemos con exactitud de qué se trata. Manuel Gálvez, por ejemplo, en sus *Recuerdos de la vida literaria*, da una de las miradas más habituales que los otros tienen de Barrett: “Entre los colaboradores de la revista que no pertenecían a nuestro compacto grupo, hubo uno que merece un comentario especial. Era un hombre muy alto y rubio, elegante, distinguido y de bello tipo que se llamaba Rafael Barrett (...) Había tratado con Oscar Wilde y vivido en París, cosas ambas que le dieron prestigio entre nosotros. Un día quiso conocer a mi familia, y fue a la casa de mi padre, donde le presenté a mis hermanas. Barrett nos sorprendió con su levita elegantísima y su galera de felpa. Esto no tendría mayor interés si no dijese lo que después hizo este hombre. Quedó en la mayor pobreza y fue a dar al Paraguay. Allá conoció la vida del trabajador en los yerbales, la existencia mísera de la clase proletaria, y escribió varios libros que explotaron en los países del plata como bombas de dinamita, y uno de los cuales, el más impresionante, titulábase **El dolor paraguayo**. Convirtiéndose en el padre espiritual de los rebeldes, en un líder anarquista y peligroso. Y cuando yo oí hablar de él con fervor a algunos de sus partidarios, me acordaba de aquella levita y aquella galera de felpa”.¹⁶

Más allá de la ironía de Gálvez, la dirección del gran cambio tiene, aparentemente, una orientación *a posteriori* muy clara. Desde el universo estrictamente anarquista, en el cual su obra fue acogida como propia, González Pacheco escribió: “(...) generalmente, los más notorios rebeldes provienen de aquellas clases, o castas, detentadoras del mando. Y viceversa: los más brutales tiranos surgen también de las otras, sometidas y expoliadas. (...) Esto ocurrió con Barrett. Nacido de hidalgos ricos, creció con la cultura de su época, viendo crecer en el mundo el arte y la ciencia. Jugando a sabio y a artista, seguro de que la vida era eso que floreció de los libros (...) Y así, con este bagaje de señorito o de príncipe, se echó a vivir. Y así también fue el manto, que a su primera salida, le dieron los propios suyos, ricos hidalgos. ¿Cómo no se enderezó vuelto un desencantado o un cínico?... La vida empieza en cada uno, y la de Barrett no era la de su casta o su clase. Castigada aquella infamia, comenzó a vivir la suya. Comenzó el *vía crucis*. Desde el confort de Madrid a todas las

15 Jean Paul Sartre, *San Genet Comediante y mártir*, Buenos Aires, Losada, 2002, p. 31.

16 Manuel Gálvez, *Recuerdos de la vida literaria (I). Amigos y maestros de mi juventud. En el mundo de los seres ficticios*, Buenos Aires, Taurus, 2002, p. 88.

privaciones del Paraguay; del ejecutante de música de Beethoven y Chopin a ejecutar miserables que lo llenan de inmundicia, y del júbilo vital a la melancolía de *un cadáver bien conservado*.¹⁷

IV

Se ignora con precisión en qué momento de 1903 Barrett llegó a Buenos Aires. Lo cierto es que el primero de agosto de ese año apareció en la revista **Ideas** el primer texto, del que se tenga noticia, con su firma, titulado “Aguafuertes”. Colaboró también en la revista **Caras y Caretas** y en los periódicos **El Tiempo** y **El Correo Español**, este último portavoz de los españoles republicanos en Argentina. Se sabe también que se dedicó a las matemáticas y se supone, ya que sus biógrafos no han podido corroborar el dato, que participó en la fundación, junto con el español Julio Rey Pastor, de la Unión Matemática Argentina, posible antecedente de la actual Facultad de Ingeniería.

En Buenos Aires, a partir de una polémica generada por la disertación del republicano español Ricardo Fuente, llevada a cabo en el Teatro San Martín, Barrett tuvo un duro intercambio con el militar español Juan de Urquía, quien desde las páginas de **El Diario** y bajo el pseudónimo de “El Capitán Verdades” atacaba a Fuente. El altercado terminó en un reto a duelo que Barrett aceptó, pero que no habría de llevarse a cabo al llegar noticias desde Madrid que recordaban que Barrett había sido descalificado allí por un tribunal. Sin dudarlo un segundo e imposibilitado de probar su honor en el duelo, Barrett se precipitó al hotel Imperial en búsqueda de Urquía y equivocándose de persona golpeó duramente, con un bastón, al dueño del hotel, el señor Pomés.¹⁸ En la primera mitad de 1904 Barrett aceptó irse a Paraguay como cronista del diario **El Tiempo** para cubrir la revolución liberal que estaba teniendo lugar en dicho país.

V

Con su llegada a Paraguay —primero al campamento rebelde de Villeta, donde simpatizó brevemente con la causa liberal; luego a Asunción, donde ingresó con el bando triunfador— pareció definirse el perfil más acabado de Barrett y su obra. Barrett se refirió a Paraguay como “el único país mío, que amo entrañablemente, donde me volví bueno”. Lo cierto es que, salvo en el lapso de menos de cuatro meses que vivió en Montevideo y el tiempo que estuvo fuera con motivo de una deportación, Barrett produjo la mayor parte de su obra en Paraguay. En Asunción trabajó como periodista, desde enero de 1905, en **El Diario** y realizó tareas como ingeniero, ocupando diversos cargos en la Oficina de Estadística. Trabajó luego en el Departamento de Ingenieros y en el ferrocarril, a la vez que dictaba clases de matemáticas.

17 Rodolfo González Pacheco, “Rafael Barrett. Prólogo a sus obras completas”; en **Carteles**, Buenos Aires, Americalee, 1956, p. 130.

18 Hay que decir que, para Barrett, el duelo, como instancia de autoafirmación, es absolutamente legítimo. En un texto de 1906 (una fecha casi tardía en la vida de Barrett) afirma: “el duelo es legítimo: es la única salvaguardia de nuestra individualidad, es un precioso excitante del valor personal y de las energías sociales; es un bello gesto de las edades heroicas”, en R. Barrett, “La tragedia de hoy”, **OC IV**, p. 103.

En 1906 fue nombrado secretario del Centro Español, donde conoció a Francisca López Maíz, con quien se casaría el 20 de abril y con quien habría de tener su único hijo, Alex. Ya en 1907 trabajó como agrimensor en Arroyos, Esteros y Laguna Porá y fue, aparentemente, en aquel año que se manifestaron los primeros síntomas de tuberculosis.

En 1908 su producción periodística se intensificó y se publicaron artículos suyos en **Los Sucesos**, **La Tarde**, **El Paraguay**, **El Cívico**, **El Diario**, todos periódicos asunceños. Si bien, al parecer, ya había participado en actividades de la Unión Obrera, fue en ese año que Barrett, junto con el anarquista argentino José Guillermo Bertotto, desarrollaría actividades específicamente anarquistas con la fundación del periódico **Germinal**.¹⁹ Dicho periódico ha sido considerado como un hito dentro de la historia del movimiento anarquista paraguayo, aunque, como todo en Barrett, fue de una increíble fugacidad. **Germinal** alcanzó a publicar tan sólo once números entre el 2 agosto y el 11 de octubre.

VI

Hay algo notable en los textos y en la obra misma de Barrett que debe ser enfatizado: su brevedad. Acotados sus escritos —con la excepción de unos pocos ensayos, conferencias, algunos cuentos y una suerte de aforismos agrupados bajo el nombre de **Epifonemas**— a la prosa periodística, habría que decir que son cajas demasiado pequeñas para su contenido. Pura dinamita cerebral, es imposible resumir la cantidad de temáticas desarrolladas en ellas. Escribía sobre todo lo que sucedía en el mundo. El procedimiento de elaboración era aparentemente sencillo: el telégrafo escupía una noticia y Barrett, donde estuviera, la refractaba en el papel otorgándole densidad propia y autonomía. La noticia quedaba como suspendida y él se daba cuenta de que, insertos en la dinámica de su tiempo y a la distancia, sus piezas escriturarias devenían inactuales: “estoy fuera de la actualidad, y confieso que no me disgusta. Estar fuera de la actualidad se asemeja a estar fuera del tiempo, a divinizar; la inmutable soledad de estas regiones ayuda a la ilusión”.²⁰

A propósito de sus escritos en los cuales la denuncia es asumida como estilo, entre los que destacan aquellos agrupados en **Lo que son los yerbales**,²¹ se puede decir que Barrett, en Paraguay, vive en el destiempo propio del *extranjero*, entendido como una configuración en la se condensan tanto la no-vinculación a un punto del espacio como la sedentariedad. De esta manera, si-

19 Para consultar acerca del lugar que ocupan **Germinal** y Rafael Barrett en Historia del Movimiento obrero de Paraguay consultar Darío Salinas, “Movimiento obrero y procesos políticos en Paraguay”, en Pablo González Casanova (coord.), **Historia del movimiento obrero latinoamericano**, Volumen III, México, Siglo XXI, 1984, pp. 359-421. Para establecer la importancia de Barrett en la conformación del anarquismo paraguayo, consultar Carlos Rama y Ángel J. Capelletti, **El anarquismo en América Latina**, Caracas, Ayacucho, 1990, pp. LXXVII-LXXXIV.

20 R. Barrett, “Cartas inocentes”, **OC IV**, p. 150.

21 En junio de 1908 Barrett escribe **Lo que son los yerbales**, compuesto por una serie de artículos (seis para ser exactos) escritos para **El Diario**, que salieron entre los días entre los días 15 y el 27. Los textos que lo integran son: “La esclavitud y el estado”, “El arreo”, “El yugo en la selva”, “Degeneración”, “Tormento y asesinato” y “El botín”.

guiendo a Simmel, el extranjero, que no es quien viene hoy y se va mañana, sino quien viene hoy y se queda mañana, es por así decirlo, “el emigrante en potencia, que aunque se haya detenido, no se ha asentado completamente. Se ha fijado dentro de un determinado círculo espacial —o de un círculo cuya delimitación es análoga a la espacial—; pero su posición dentro de él depende esencialmente de que no pertenece a él desde siempre, de que trae al círculo cualidades que no proceden ni pueden proceder del círculo”.²² Sólo con la mirada, ni extraña ni familiar, en tensión, de aquellos que tienen una posición de miembros, pero que a su vez están a su vez afuera (y enfrentados) de un espacio social, es posible, según la hermosa expresión de Roa Bastos, que Barrett se convierta en “el descubridor de la realidad social de Paraguay”.²³ Él escribe en un páramo, un territorio diezmado, en el cual no hay auditorio para su voz, ni entre los explotadores (negadores y beneficiarios de la miseria) ni, prácticamente, entre los explotados. Aplastados contra la realidad que los oprime, los que han quedado y nacido durante los treinta años posteriores al fin de la Guerra de la Triple Alianza “sufren tanto ¡que no saben que sufren!”. Barrett les habla a ellos en un susurro: “Es que la desconfianza el miedo y la sumisión inerte pesan en vuestra carne. Es que habéis sido engendrados por vientres estremecidos de horror y vagáis atónitos en el antiguo teatro de la guerra más despiadada de la historia, la guerra parricida y exterminadora, la guerra que acabó con los muchos de una raza y arrastró las hembras descalzas por los caminos que abrían los caballos, quizás ignorantes de vuestra orfandad y vuestro luto; vivís desvanecidos en la sobra de un espanto. Sois los sobrevivientes de la catástrofe, los errantes espectros de la noche después de la batalla. ¿Qué son treinta años para restañar tales heridas? Seguíis vuestro destino pastores taciturnos. En torno vuestro las flores han cubierto las tumbas; nadie es capaz de atentar a la formidable fertilidad de la tierra; el hierro y el fuego mismo la fecundan; no hay para ella gestos asesinos. Por eso, en su vitalidad indestructible, ella, que recibió los huesos de los héroes inútiles no ha de negar su paz austera a los hijos del infortunio”.²⁴ Barrett inventa una realidad ausente, no intenta reproducirla, porque es una realidad en delirio y cualquier estrategia de aprehenderla especularmente fracasa. Recurriendo una vez más a Roa Bastos, se puede decir que: “mostró cómo era posible producir textos de valores intrínsecos y autónomos; que no se proponían la simple transcripción de la realidad visible sino la mostración y revelación de la realidad invisible en la virtualidad de sus múltiples significaciones”.²⁵

Su descubrimiento de la realidad social del Paraguay le costó a Barrett la cárcel y el destierro. A causa de un artículo titulado **Bajo el Terror** fue encarcelado y sólo gracias a la intermediación del embajador británico se logró, en dos oportunidades, que fuera deportado. La primera se frustró cuando fue detenido en el barco

que lo iba a llevar a Argentina. En la segunda, el 13 de octubre de 1908, Barrett abandonó Paraguay después de cuatro años de estadía. Luego de algunas peripecias que lo demoraron en Brasil arribó, finalmente, a Montevideo en el mes de noviembre.

El paso de Barrett por Montevideo,²⁶ única ciudad donde se le prodigaron reconocimientos intelectuales y donde sus escritos encontraron una caja de resonancia adecuada, fue sumamente fugaz. Al poco tiempo de arribar fue presentado por indicación de Emilio Frugoni al Dr. Samuel Blixen, director de **La Razón y El siglo**, periódicos en que empezó a escribir en el mes de diciembre. Frugoni, que junto al teósofo Félix Peyrot fue uno de sus grandes amigos uruguayos, cuenta a propósito de su primera impresión de Barrett: “volvía a ver al Jesús de las estampas”.²⁷ En tan sólo cuatro meses, entre noviembre de 1908 y febrero de 1909, se convirtió en una figura central de los círculos intelectuales montevideanos. Con motivo del empeoramiento de su salud, Barrett pasó gran parte de su estadía en Montevideo en el Hospital Fermín Ferreira, donde se le diagnosticó tuberculosis pulmonar.

VII

El anarquismo para Barrett explicitado por él mismo como el propio, se reduce a una simple fórmula: “Me basta el sentido etimológico: *ausencia de gobierno*. Hay que destruir el espíritu de autoridad y el prestigio de las leyes. Eso es todo”.²⁸ Eso es todo casi literalmente; todas las demás referencias al anarquismo (o a los anarquistas) son en tercera persona y tienen un tono severamente profético: “El anarquista de acción es el fanático extraviado por la exaltación suprema. Su tipo es análogo al de los primeros cristianos, sedientos de muerte. Aquellos morían. Estos mueren, pero después de matar. Desengañémonos, el hombre adora lo trágico. Los anarquistas dan su tono poderosamente sombrío al cuadro de la emancipación proletaria. El grito de la dinamita es el del vapor, que a través de las válvulas, revela la incalculable presión de las calderas”.²⁹ El anarquismo, entendido de este modo, mucho más que una doctrina —son sumamente escasas las referencias a sus padres fundadores— es un gesto que se desenvuelve en un universo religioso. Criticando la Ley de Residencia en Argentina, exclama: “El anarquismo es hoy una atmósfera moral que penetra los últimos escondrijos del globo, y querer detenerlo en la dársena es querer detener el viento. Bloquead Buenos Aires, y le convertiréis en bomba máxima: El terrorismo es obra vuestra, y sea dicho en honor de la Argentina: su anarquismo es argentino, y único fermento de verdadera evolución hacia el bien”.³⁰ Los escritos de Barrett no se insertan de ningún modo en las discusiones internas (las que fueran) que

22 Georg Simmel, “El extranjero”, en **Sobre la individualidad y las formas sociales. Escritos escogidos**, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2002, p. 211.

23 Augusto Roa Bastos, “Rafael Barrett descubridor de la realidad social del Paraguay”; en R. Barrett, **El dolor paraguayo**, Caracas, Ayacucho, 1978.

24 R. Barrett, “La estancia”, en **El dolor paraguayo**, *op. cit.*, p. 9.

25 A. Roa Bastos, *op. cit.*, p. XXIX.

26 Todo lo referente a las vinculaciones de Barrett con Uruguay se encuentra en un libro magistral compilado por el que es, sin lugar a dudas, su mejor biógrafo Vladimiro Muñoz. Ver V. Muñoz, **Barrett en Montevideo**, Montevideo, edición del autor, 1982.

27 Emilio Frugoni, “Cómo conocí a Barrett”; en R. Barrett, **OC IV**, p. 343.

28 R. Barrett, “Mi anarquismo” en: **OC II**, p.132.

29 R. Barrett, “La cuestión social”; en: **OC II**, p. 252.

30 R. Barrett, “El terror argentino”; en: **OC III**, p. 19.



agitaban a los anarquistas de su tiempo. Equidistante de la bomba y sus restos, Barrett intenta captar la intención del atentado. En un texto suyo muy citado, después de ver la manera en la que emergen los miserables en la Avenida de Mayo, enuncia: "Sentí que la única manera de ser bueno es ser feroz, que el incendio y la matanza son la verdad, que hay que mudar la sangre de los odres podridos. Comprendí, en aquel instante, la grandeza del gesto anarquista, y admiré el júbilo magnífico con que la dinamita atruena y raja el vil hormiguero humano".³¹

Por debajo de la condena hay una segunda forma del anarquismo. Barrett, que tenía el Nuevo Testamento como libro de cabecera, no se vale solamente de las imágenes religiosas como un mero recurso para infundir patetismo y expresividad a su anarquismo; la religiosidad es su nervadura y en él anarquismo y religión se encuentran profunda y mutuamente imbricados en una forma original. De esta manera es posible pensar dicha imbricación más allá del milenarismo, movimiento místico-religioso con el que muchos estudiosos, desde Karl Mannheim a Michael Löwy³² (entre otros) han asociado al anarquismo. De sus escritos no se desprende ninguna escatología; no hay en ellos una doctrina de los tiempos finales y la anarquía como aspiración ni siquiera es mencionada (no hemos encontrado en sus textos ninguna referencia a ella). El anarquismo es apenas un remanso, una suerte de encarnación temporal de una vida en constante flujo que lucha contra la petrificación de las formas sociales. En un texto titulado **El anarquismo en la Argentina**, después de afirmar que la vida es cambio permanente y que la inmovilidad ansiada por el Poder Ejecutivo es la muerte, Barrett consuela: "No se asuste tanto del anarquismo; consuélase con la certidumbre de que los anarquistas parecerán algún día anticuados y demasiado tímidos. ¡Sólo la vida es joven!".³³ No es de extrañar que el núcleo de la religiosidad en su obra se encuentre encarnado, principalmente, en dos figuras temporales y mortales: Jesús y León Tolstoi.

El Jesucristo barrettiano no desciende de la cruz como el de Azorín, figura central del 98 español, exclamando a los creyentes que oran ante él: "Hijos míos, sois unos imbéciles".³⁴ Muy por el contrario, Jesús, opuesto absoluto a su padre Jehová, que no resigna a morir, permanece en la cruz y extrae su significación fecunda en su propia muerte: "el ignominioso suplicio pagano que acababa la vida afrentando la muerte, el madero cruel en que se clavaba no sólo a los criminales, sino a las fieras y las alimañas inmundas, fue purificado para siempre por la sangre del más divino de los héroes, el que hizo enmudecer a Carlyle, y enternecerse al formidable Renán; el que cambió el mundo, con su palabra suave, desde un rincón de Galilea. Sobre el desnudo y trágico cerro, lleno de calaveras de ajusticiados, la cruz, al lí-

vido resplandor del inolvidable crepúsculo, se volvió sagrada".³⁵ Jesucristo es una atalaya moral cuya figura se engrandece en la medida en que aumentan los medios técnicos de dominación de la naturaleza y el mundo. En una conferencia no exenta de matices titulada **El progreso**, enfatizando la relación inversamente proporcional entre los desarrollos tecnológicos y morales, apuntaba: "El problema del mundo es un problema moral. Por eso, a pesar de nuestro dominio creciente sobre la materia y de las dimensiones monstruosas de nuestra civilización, la silueta de Jesús está siempre en la cumbre inaccesible; Jesús era una energía estrictamente moral. Nadie ha penetrado en las regiones donde él penetró; después de él nada nuevo ha sucedido a la humanidad".³⁶ En diálogo permanente con Jesús se yergue la figura de Tolstoi como ejemplo del anarquista absoluto: "he aquí a uno de los más nobles héroes de la historia, a uno de los santos más puros con que puede honrarse nuestra raza. Es difícil acercarse a esta augusta figura sin que nuestras rodillas se doblen, no ante lo divino, sino ante lo *nuestro*, tanto más nuestro precisamente cuanto más sublime".³⁷ Al igual que Jesús, Tolstoi deviene entidad divina por su condición humana y, por ende, de su mortalidad. Ambos atestiguan con su vida y con su muerte cosa que no sucede con el vengativo dios del Antiguo Testamento.

VIII

Aunque sucinta y acorde a la economía textual de una enciclopedia, quizás la mejor definición del anarquismo de Barrett pueda extraerse del **Esbozo de una enciclopedia histórica del Anarquismo español** de Iñiguez, donde se lo presenta como defensor de un anarquismo sereno, contenido y analizador de la realidad, más creador que propagador.³⁸ Absolutamente desraizado (claramente se equivoca Cesar Aira cuando señala que sus textos fueron publicados en diversos periódicos anarquistas),³⁹ el lugar que ocupa dentro de la literatura anarquista habría que buscarlo en un linaje de anarquistas, por llamarlo de algún modo, menor. Barrett ejemplifica perfectamente a los hombres débiles elogiados por el cineasta Tarkovsky que, frente al expansionismo individual y agresivo (del cual, dentro del anarquismo, Severino Di Giovanni es una figura emblemática), no logran adaptarse de manera pragmática a la existencia. En palabras del propio Tarkovsky los débiles son: "personajes cuya fuerza ha sido la convicción espiritual, y que han aceptado responsabilizarse por los otros".⁴⁰ El propio Barrett, tuberculoso y moribundo, entreteje una tradición

31 R. Barrett, "Buenos Aires"; en **OC II**, p. 29.

32 Karl Mannheim, **Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento**, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 248-256. Michael Löwy, **Redención y utopía. El judaísmo libertario en Europa Central. Un estudio de afinidad electiva**, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, pp. 17-28.

33 R. Barrett, "El anarquismo en la Argentina", **OC II**, p. 86.

34 J. Martínez Ruiz (alias Azorín), "Anarquismo y cristianismo"; en Irving Louis Horowitz (comp.), **Los anarquistas. 2/ La práctica**, Madrid, Alianza, 1979, p. 300.

35 R. Barrett, "La cruz"; en **OC IV**, p. 66. Es indudable que la imagen de Jesús en la cruz que se plasma en este texto fue de difícil digestión para los anarquistas. El texto que se incluía en la primera edición de sus obras completas de Americalee del año 1943, fue excluido de la segunda edición de 1954.

36 R. Barrett, Rafael, "El progreso"; en **OC II**, p. 282.

37 R. Barrett, "La muerte de Tolstoi"; en **OC III**, p. 44.

38 Miguel Iñiguez, **Esbozo de una Enciclopedia histórica del anarquismo español**, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 2001, p. 78.

39 César Aira, **Diccionario de autores latinoamericanos**, Emecé, Buenos Aires, 2001, p. 74.

40 Andrei Tarkovsky, "Elogio del hombre débil"; en **Nombres. Revista de Filosofía**, Córdoba, año XI, septiembre de 2001, p. 111-115.

en la cual la fragilidad es un elemento constituyente del pensamiento. En una carta escrita, a pocos días de morir, al ensayista y poeta uruguayo-argentino Alberto Zum Felde, alias Aurelio del Hebrón, replica a las críticas que aquel le hiciera en nombre de la vida: “La salud significa lo normal, lo frecuente, o no significa nada. Frecuente: ¿vulgar?... ¡cuidado! ¿Quisiera usted ser vulgar, usted, cuyos versos han sido comparados con los de Baudelaire? ¿Era Baudelaire una “briosa bestia joven”? Cuando la hermosísima madame Sebatier, la Musa de **Las Flores del Mal**, consintió en ser suya, le faltó virilidad para poseerla. En cambio, Musset, al cual, ignoro por qué razón, coloca usted cerca de mí, era el más ingenuo, el más infatigable de los voluptuosos. Los dignificadores del hombre que usted me cita, Stirner, Nietzsche, Guyau, Carlyle, Emerson, ¿eran “bestias briosas”? ¡Pobre Stirner, casi un pordiosero; pobre Guyau, tísico; pobre Carlyle, asexual, dispéptico, neurótico; pobre Nietzsche, demente!”.⁴¹ Pura apertura, sus escritos mucho más que un mero instrumento de simplificación didáctica de la realidad tendiente a la consecución de un fin, se asemejan, mucho más, a una tentativa de donación y cura. Donación del signo y cura de Barrett y del mundo. La literatura, pensada de este modo, se presenta entonces como una iniciativa de salud. En esta línea, siguiendo a Deleuze, el escritor no teniendo necesariamente una salud de hierro, “goza de una irresistible salud pequeña producto de lo que ha visto y oído de las cosas demasiado grandes para él, demasiado fuertes para él, irrespirables, cuya sucesión le agota, y que le otorgan no obstante unos devenires que una salud de hierro y dominante haría imposible. De lo que ha visto y oído, el escritor regresa con los ojos llorosos y los tímpanos perforados”.⁴² Lo que ha visto y oído, en su caso, ha sido posible por la extranjería de su pensamiento, expresado, no sólo al interior de un espacio territorialmente delimitado, sino con mayor intensidad dentro del propio anarquismo.

Resumen

El vínculo entre literatura y anarquismo ha sido presentado, la mayoría de las veces, como una relación de subordinación, en la cual los artefactos literarios encuentran su justificación solamente en tanto que medios de propaganda. De esta manera el escritor anarquista es, antes que un esteta, un pedagogo. En contraposición con esa figura simplificada surge el ejemplo del escritor Rafael Barrett, hoy olvidado. El presente ensayo se propone dar a conocer algunos aspectos de su vida y su obra, prestando especial atención a la singularidad de su anarquismo y a su tentativa literaria alejada de toda instrumentalidad.

Abstract

The relation between literature and anarchism has been presented, most of the time, as a subordinate relationship in which literary devices find their justification solely as a means of propaganda. In this way, the anarchist writer is seen as a pedagogue rather than as an aesthete. In contrast with this simplified figure emerges Rafael Barrett, a writer virtually unknown today. This essay intends to reveal some aspects of his life and work, paying special attention to the singularity of his anarchism and to his non-instrumental literary attempt.

Palabras claves:

Barrett – anarquismo – Literatura

41 R. Barrett, “Respuesta a Aurelio del Hebrón”, **OC III**, p. 129.

42 Gilles Deleuze, “La literatura y la vida”, en **Crítica y Clínica**, Barcelona, Anagrama, 1997, p. 14.